

1

Mucho se elogio la organizacion y las comodidades de los caminos de hierro prusianos en efecto, del punto de vista del *confort* y la exactitud en el servicio, poco dejan a desear. Paréceme, sin embargo, que nada ganado en pasar a manos del Estado. Juzo si no. En Colonia se me da un billete para den, pequeña estacion terminal, proxima a Francfort-sur-Mein. Es un trayecto de sesiete horas. Son las cinco de la tarde, y me da la esperanza de llegar en el mismo dia a mi destino. Se me previene en el camino, y debo dormir en Höchst, punto de empa-

Es cerca de media noche. El tren se detiene delante de una estación aislada. Se nos coloca, a mi maleta y a mí, sobre el andén desfilando. El tren parte, y héme aquí frente a frente con el portero de la estación. Ruégole que lleve a un hotel. El humilde funcionario mira con aire estupefacto, y acaba por decirse a sí mismo: «Hace poco me lo dije, pero es acomodarlos. Hacerlos medio kilómetro más allá».

bajo una lluvia recia por un camino sin som-
bra de habitacion, y nos detenemos por fin de-
lante de un *gasthaus*. La puerta hallase herme-
ticamente cerrada. No hay luz en las ventanas, y
hay campanilla. Golpeamos en la puerta. Los
ricos ladridos nos responden. Al cabo de un
cuarto de hora de este ejercicio, ponemos
nuevamente en marcha, y h6nos aqui delan-
te de un segundo *gasthaus*. Id6ntico resultado.

Llegamos a una tercera, y esta se halla co-
pletamente iluminada. La hu6sped tiene un

comprometedor y viste un traje ligero. Hu-
Ahi tampoco encuentro asilo. Cansado de
lechar vuélvome a la estacion y recuéstome
en un banco a esperar el tren de la mañana.
¿Por qué, pues, la Administración espide bil-
letes para Soden cuando el tren se detiene
Höchst? Pero hé aqui una innovacion de la
más confortables.

En la linea de Francfort-sur-Mein en Berlín
la compañía de los *season-camas* ha instala-
do un *season-restaurant*. Tómase un billete de
cuida por 2 marcos (2 frs. 50). subase al wagon

En Eisenach, y se puede quedar en el hotel Weimar. El comedor es espacioso, el servicio bien atendido, el *menú* suficiente, el servicio refinado en alimbar no es de desperdiciarse. Tomando un suplemento de 50 pfennings cambiáble por un consumo cualquiera, puede prolongarse indefinidamente su permanencia en el restaurant, transformado en café, leer los diarios, escribir su correspondencia, jugar al dominó. Es, como dicen los alemanes, completamente *heimlich*.

Paso a Bresde, donde voy a rendir homenaje a la madona de San Sisto, a travieso la Silesia, compruebo que a despecho de la guerra y de las animosidades que ha dejado tras de ella, la lengua francesa y la lengua alemana continúan su fusión en los letreros y en los *menus*. Un peluquero de la corte en Warmbrunn (péxima corte en Warmbrunn) se intitula *Hofschneider*; leese en grandes letras en el frontis de un restaurant: *Speise à la corte*. Sin la guerra, la lengua internacional ya se habría formado. Enseguida la frontera de la Pomerania.

bién, de la Polonia rusa en Sosnowell. Los guardas de aduana son súcios pero corteseros. No se paga derecho por las provisiones de viaje. Es necesario, sin embargo, presentar su pasaporte, que un gendarme os pide al entrar en la estación, y que os devuelve a la salida revestido de un suplemento de signos ininteligibles y de sellos. Se sabe cuán eficaz ha sido este papel oficial para precaver a la Rusia de la invasión de las doctrinas y de las explosiones revolucionarias. ¡Es un preservativo soberano!

El aspecto del país cambia como una decoración de teatro desde que se ha pasado la frontera y, preciso es decirlo, la nueva decoración hace que se eche de menos la vieja. En Silés, la campaña había sido cultivada con cuidado, y se ven en ella tierras de plantío abandonadas, los cardos y escaramujos. Las casas de campesinos formadas, de ramas y troncos de árboles estucados de blanco, con bastidores pintados de negro, halláanse rodeadas de vergeles llenos de árboles: en los ruzes.

Las paredes de las estaciones halláncse cubiertas de dulcámaras; los trajes son aseados y las mujeres visten de pelo blanco, los niños muestran lavados y peinados; en los uniformes de los empleados y de los soldados, aun cuando ruidos, ni con lentes se encuentra en ellos una mancha o un agujero; soberbio es el conector del tren con su morral suspendido ó con el abaloi de cuero rojo; los coches, grandes, cómodos, aereados, son de un asno holandés; la

En otros relucen como si fuesen de oro nuevo. Del otro lado de la frontera, el país parece desierto, aquí y allá, separados por largos campos salvajes, grupos de casas, o mas bien, chozas echadas con paja, y asaz deterioradas; nada de jardines, nada de clavetes, ni de rosales; e incluso algunos cuados venso girasoles de los que esparcen el aceite; poco ganado, pero abundancia en cambio, de patos y de puercos. Creeríase uno en Irlanda. Las mujeres recogen la cosecha; llevan las piernas y los piés desnudos, y la cabeza envuelta en un paño.

En la Polonia Oriental que he atravesado algunos días más tarde por el camino de la línea de Jaroslaw a Bresthltowski, la campaña tiene mejor aspecto; la tierra es más fértil, los campos parecen más cuidados; el ganado es más abundante; los campos hallanse cerrados por cercos de madera, como en los Estados Unidos; pero no he visto en ellos los anuncios del agua para los dientes del ilustre Soudens.

del cosmético de su rival Gargling. ¿Cosmético? ¿Qué serviría él en este país donde el peine y el desmenuador no han penetrado probablemente nunca? Los letrados, por otra parte, y los anuncios deben ser previamente autorizados por la policía, y no es cosa así como así el obtener la autorización de la policía. Continúa impresionándonos el aspecto miserable de las casas de los paisanos. No es como en los Estados Unidos. Sin embargo, he aquí que pronto haré veinte años que los paisanos

Peró —y es ese el error que Mr. Gladstone ha cometido y que se complace en agravar todos los días en Irlanda— no basta un *ukase* o un *bill* para crear propietarios dignos de ese nombre. Eso sería demasiado fácil. Se ha podido dar la tierra a los campesinos, pero no se les ha dado al mismo tiempo el espíritu de *seignior*.

Antes de ser emancipado el paisano polaco, era perezozo y borracho. Desde que es amo y señor de sí mismo trabaja menos y bebe más todavía, he ahí la diferencia. Su casa ha continuado siendo lo que era, un horrible chirimibú, sus vestidos, su alimento no han cambiado, si en vez de muy buena voluntad su mujer el campo, jamás manda a sus hijos a la escuela. Es verdad que el gobierno obliga a las

Si el paisano conserva a pasar de todo su trozo de tierra, es únicamente porque la está prohibido venderla a otros que no sean paisanos como él, y no hay muchos compradores. Los hay, sin embargo, y día vendrá en que la tierra, artificialmente dividida, se concentrará en un nuevo naturalmente. Cuéntase ya un buen

menor de labradores sin tierra, y su condición hallase muy lejos de ser envidiable. Se asegura mediante 30 rubros (75 fr.) por año, un pequeño número de fanegas de trigo, y la posesión de derecho de hacer pacer una vaca en el predio del propietario; se le da el alojamiento, si no es alimentado, pero no es raro ver a dos familias de labradores con salarios acumulados, dormiendo conjuntamente en un mismo cuarto.

Es inútil decir que el paisano propietario no posee ninguna especie de crédito, como no sea el que adquiere al comprar.

que tal vez le acuerda el tabernero judío en los años de buena cosecha. Eso no quiere decir que se halle completamente exento de obligaciones. Usando de un prudente esquivismo, los autores de los reglamentos de emancipación acordado a los países: los derechos de

de acordado a los pasajeros los derechos de

